

“ALUMNI”- DISTINGUIDO: Santiago Quirce Gancedo

EXCMO. Y MAGNÍFICO SR. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CANTABRIA, AUTORIDADES ACADÉMICAS, EXCMA. SRA. ALCALDESA DE SANTOÑA, PRESIDENTA DE ALUCAN, COMPAÑERAS Y COMPAÑEROS, SEÑORAS Y SEÑORES.

Quiero empezar dando las gracias al Sr. Rector de la Universidad de Cantabria y a los miembros del Claustro aquí presentes, así como a la Asociación de Antiguos Alumnos, por este reconocimiento de Alumni “distinguido” que hoy recae en mí, y que acepto con enorme orgullo y gratitud. Mis primeras palabras, por tanto, quiero que sean de saludo y agradecimiento. Saludo tanto más necesario no solo por el tiempo que hace que dejé esta Universidad, en 1985, para continuar mi andadura profesional por otras tierras, Madrid, Pamplona, Vancouver y Madrid de nuevo, sino también por la escasa presencia de la disciplina que es mi especialidad y que aquí represento ahora, la Alergología, en el currículo universitario.

Mi agradecimiento ha de ser también doblemente profundo, por permitirme volver a la Universidad de mi tierra, Cantabria, a recibir este inmerecido reconocimiento, y por poder hacer un poco más visible esta especialidad médica, relativamente joven.

Esto no significa, sin embargo, que no me sienta ciertamente turbado por el hecho mismo de recibir una distinción, y permítanme que, con el debido respeto, mencione la reflexión que hacía uno de los discípulos de Juan de Mairena sobre este asunto: “Estoy contra aquellos que aceptan banquetes en su honor, contra los que declinan el honor de los banquetes, contra los que asisten a los banquetes celebrados en honor de alguien y contra los que no asisten a tales banquetes. Censuraba a los primeros por engreídos, a los segundos por falsos modestos, a los terceros por parásitos del honor ajeno y a los últimos, por envidiosos del mérito”. Como el incisivo alumno no deja muchas alternativas para salir airoso de semejante trance, me voy a despreocupar y aceptar con alegría el hecho de compartir un día como hoy con todos ustedes, agradeciéndoles sinceramente su asistencia.

Respecto al hecho de estar aquí como un miembro del colectivo de alergólogos españoles, no puedo sentirme más feliz, más orgulloso ni más satisfecho, por algunas razones que expondré después, pero sobre todo por el hecho de que este reconocimiento se produzca en la Universidad de mi región, Cantabria. La Universidad es una institución básica de la sociedad, cuna del saber, instrumento imprescindible para generar y transmitir el conocimiento, fuente inagotable de ideas y templo del aprendizaje, no solo científico y técnico, sino también moral y ético. Es de todos conocido que la Universidad es una extraordinaria herramienta de vertebración social, de progreso, de estímulo y avance científico, y la Universidad de Cantabria se encuentra, según distintos parámetros objetivos, entre las mejores de España y del mundo hispano. Es menos sabido, porque es una vivencia personal, lo que el paso por la facultad o la escuela técnica representa para cada uno de los que hemos tenido la suerte de transitar por sus aulas y laboratorios, y en ello me centraré especialmente.

La institución que nos acoge fue creada con el nombre de Universidad de Santander en 1972, el que tenía cuando yo me licencié en Medicina, para pasar a llamarse Universidad de Cantabria unos años después. Tengo entendido que las primeras clases en la Facultad de Medicina comenzaron a impartirse en 1973, y yo pertenezco a la VII promoción. Tuve la suerte, por tanto, de formarme en una universidad joven y moderna, producto del sueño y el empuje de generaciones de montañeses que anhelaban tener su propia Universidad.

Creo que no está demás que les de mi impresión personal de lo que el paso por la Facultad de Medicina ha significado para mí. Y cuando trataba de resumirlo me venía a la cabeza un libro de poemas de Gerardo Diego titulado “Mi Santander, mi cuna, mi palabra”, al que yo añadiría “Mi Santander, mi cuna, mi palabra, mi Facultad”. Lo digo y siento así porque ni mi vida ni mis palabras hubieran sido las mismas sin el paso por esta Universidad.

Nací en 1960, justo enfrente de la bahía de Santander, supuestamente de forma casual porque allí se encontraba la maternidad, pero mi sitio en el mundo estaba en Santoña. Allí me forjé como persona, inicialmente en el colegio de las monjas y después en la escuela pública y en el Patronato militar, rodeado siempre de un paisaje de

extraordinaria belleza, y de amigos y paisanos de gran coraje y generosidad. Podría resumir mi vida de entonces con unos versos Gerardo Diego:

Míralas ya: sus bisectrices proas
flotilla de traineras paralelas
no cortan, cabecean. Duermevelas
de caza verdiazul, sardas y anchoas.
Enfrente tus blandros, tus canoas
chorros de oro, aguarrás, plata de estelas
Y oyendo el palpitar de tantas velas,
tus atlánticos sueños abarloas.

A los 17 años llegué a la Facultad de Medicina, y mi mundo de caza verdiazul se empezó a llenar de mitosis y meiosis, de dibujos anatómicos en la pizarra, de esquemas fisiopatológicos, de microscopios y microtomos, de mecheros Bunsen, de fórmulas y ciclos. Pero no fue hasta el 3º curso, cuando comencé a estudiar la asignatura de Farmacología clínica, cuando las cosas comenzaron a tener un sentido nuevo para mí. Nuevas pulsiones, otros mares, nuevos horizontes emergían de las clases y los libros de medicina. Los esquemas adquirieron vida, los otrora estáticos dibujos anatómicos y los teóricos mecanismos fisiológicos se convirtieron en un mundo vivo, dinámico y apasionante que ofrecía, por primera vez, la ilusión y la posibilidad de tratar y de curar, aunque todavía fuera sobre el papel.

A esta ceremonia de iniciación intelectual contribuyeron de forma fundamental y decisiva las clases del Prof. Jesús Flórez y demás profesores del Departamento de Farmacología, África Mediavilla, Maruja Hurlé, Ángel Pazos, Juan Antonio Armijo y Javier Ayesta. Asistía ensimismado a sus clases y repetí voluntariamente, hasta 3 veces, el curso completo de farmacología por la fascinación que aquellas enseñanzas ejercían sobre mí. Del Prof. Jesús Flórez admiraba la elegancia e incluso la perfección que puede llegar a tener el lenguaje científico, de la Prof. África Mediavilla la pasión docente, el compromiso humano y la importancia que tiene que los conocimientos científicos

reviertan en la sociedad, y de la Prof. Maruja Hurlé, el rigor metodológico y un sentido entusiasta y vitalista de la investigación y la docencia. Gracias a las enseñanzas de mi compañero de fatigas, el Prof. Javier Ayesta, me resultó más fácil desenvolverme en ese entorno nuevo para mí, mostrándome que el cumplimiento del deber, la capacidad de sacrificio y la austeridad son también importantes cualidades que deben acompañar a la actividad científica.

Quiero aprovechar esta oportunidad para hacerles saber a los profesores que he mencionado, y a otros muchos que no he podido citar, lo importantes que han sido en mi formación científica y humana, y agradecerles su entrega y dedicación, así como el apoyo que me han brindado a lo largo de los años.

Tras el paso por filas en el cuartel de la calle General Dávila como soldado del último reemplazo, me tocó cerrar el regimiento y arriar bandera por última vez, pero sólo del mástil, nunca del corazón. Me fui de Santander con la maleta llena de ilusiones y un bagaje de conocimientos fundamentalmente teóricos, pero también con la curiosidad reforzada y unos cuantos salvavidas: unos padres extraordinarios que siempre dieron todo por sus hijos, algo que mi madre continúa haciendo, unos excelentes amigos, algunos de los cuales están aquí presentes, un vínculo indeleble con mi pueblo de Santoña y mi tierra cántabra y, sobre todo, la pasión por seguir aprendiendo.

No me resultó difícil convertirme en alergólogo, por el contrario, fue un paso casi natural, ya que me había estado formando concienzudamente para ello sin saberlo. En esa especialidad encontré lo que buscaba, una práctica clínica fascinante, poder profundizar en las bases inmunopatológicas de las enfermedades, seguir aprendiendo sobre farmacoterapia y a partir de entonces también sobre inmunoterapia con alérgenos, y tener siempre cercanas la investigación clínica y la ciencia básica.

La Alergología es la especialidad médica que comprende el conocimiento, diagnóstico y tratamiento de la patología producida como consecuencia de un mecanismo de hipersensibilidad, así como las técnicas que le son propias. Tiene una trayectoria histórica larga en nuestro país, desde tiempos del Profesor D. Carlos Jiménez Díaz, figura clave en la constitución de la Sociedad Española de Alergología e Inmunología Clínica en 1947.

Sin embargo, su reconocimiento como especialidad médica es relativamente reciente, ya que no es hasta la Ley de Especialidades de 1978, cuando es oficialmente reconocida como especialidad en nuestro ordenamiento jurídico. Solo desde entonces se desarrolla como especialidad de pleno derecho, equiparándose a otras especialidades médicas e integrándose en el Sistema Nacional de Salud, ofreciendo atención especializada diferenciada en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades alérgicas. La Alergología se ha convertido en una especialidad multidisciplinar, que atiende a pacientes alérgicos de cualquier edad, estudiando las consecuencias sistémicas del proceso alérgico, pero también sus manifestaciones locales en un determinado órgano o sistema, por lo que dispone un notable cuerpo doctrinal. La Alergología comparte algunos campos de conocimiento con otras especialidades con las que mantiene un estrecho contacto (Neumología, Medicina Interna, Pediatría, Dermatología, Inmunología, Medicina del Aparato Digestivo, ORL, Oftalmología), pero a diferencia de algunas de ellas, no se centra en un órgano, aparato o sistema. El especialista alergólogo actúa con una perspectiva integradora de todas estas patologías con un mecanismo común, lo que le permite ser único en la evaluación global del paciente con patología alérgica.

La prevalencia de las enfermedades alérgicas ha aumentado notablemente en las últimas décadas en los países occidentales. Distintos estudios epidemiológicos internacionales indican que 1 de cada 4 ciudadanos de los países occidentales padecen algún tipo de enfermedad alérgica, por lo que la alergia es considerada ya la “epidemia del siglo XXI” en las sociedades desarrolladas.

A pesar de esta elevada prevalencia, en el momento actual la presencia de la Alergología como asignatura en los planes de estudio de las Facultades de Medicina de las Universidades españolas es muy escasa, algo que debería ser enmendado. Un mejor conocimiento de la Alergología por parte del estudiante de Medicina, permitirá en el futuro a los médicos no especialistas en este campo, y especialmente a aquellos dedicados a Atención Primaria, manejar mejor a los pacientes alérgicos que son tan frecuentes en sus consultas, mejorar sus criterios de derivación hacia los Servicios de Alergia y la continuidad asistencial entre Atención Primaria y Especializada del paciente alérgico. Además, la formación en Alergología en pregrado para cualquier licenciado le

permitirá comprender la actividad que realizamos los alergólogos, favoreciendo su elección como opción de especialización. Aprovecho por tanto para concienciar a los equipos de Rectorado y Decanato de la importancia de dicha inclusión y, por tanto, que se potencie la convocatoria de las pertinentes plazas de profesorado.

Todos, ciudadanos e instituciones tenemos que seguir avanzando, evolucionando, transformándonos, aprovechando lo mejor de cada etapa, y adaptándonos a los desafíos de cada época. Personalmente reconozco que he tenido suerte y en muchos aspectos he sido un privilegiado, pues he podido elegir y trabajar en lo que me gusta, y siempre he contado con más ayudas que impedimentos. Es por ello que estoy enormemente agradecido a mi familia, a mis maestros, a mis amigos, a la sociedad y a mi país. Sé que siempre he recibido mucho más de lo que yo haya podido devolver. Por eso, con esta distinción, siento que mi deuda aumenta y no sé cómo voy a poder corresponder.

Aunque evolucionamos con los años, hay cosas que permanecen dentro de nosotros y que tienen mucho que ver con nuestro periodo de formación, y también con esos días azules y ese sol de la infancia que decía Antonio Machado. Me gustaría continuar dedicado a la asistencia médica como en los comienzos, sin perder un ápice interés, seguir entusiasmándome con la investigación clínica, y sobre todo, me gustaría seguir manteniendo la curiosidad y el afán de conocer y de aprender.

Es ese afán el que nos lleva a descubrir cosas nuevas a lo largo de la vida, persiguiendo quizás lo mismo de siempre, pero por caminos aparentemente distintos. Uno de los últimos consejos que me dio el médico de mi pueblo, Don Ramón Bringas, fue que estudiara también en Madrid, pues allí estaba “la madre del cordero”. Tras buscarla mucho por fin la encontré en un lienzo de Lino Casimiro Iborra, que ahora cuelga en mi habitación. La distancia y la nostalgia hacen que me sienta más cerca de comprender y apreciar ciertas cosas. El destello de los mecheros Bunsen lo veo ahora en las pinceladas flameantes y plateadas de algún río montañoso en un óleo de Riancho, mientras los verdes esplendorosos de los prados de la juventud reaparecen en algún cuadro de Salces. La bahía impresionista que se divisa en una marina de Gerardo de Alvear nos la devuelve límpida o brumosa, según los días, Gloria Torner, para resurgir transformada,

deslumbrante y épica con los ojos Julio de Pablo. Pisano desdibuja formas y anatomía para colorearlas de tesis y propuestas, y Cossío me explica, con trazos magistrales, aquel esquema que tanto me costaba entender. Casimiro Sainz, desde su tienda de ultramarinos madrileña, me evoca la tienda de tejidos de mi padre, rodeada de árboles, tras una montaña llamada Buciero que oculta un mar que es un océano. En los rostros de María Blanchard he visto a la niña convaleciente que atendí ayer en el hospital, o a la madre que amamanta al niño que acabo de diagnosticar de alergia a la leche.

Los paisajes y los personajes que yo creía verdaderos van impregnando las pinturas y habitando las novelas, y los de ficción parece que estuvieran cobrando protagonismo para convivir con los anteriores. ¿Pero qué importa dónde están los límites? ¿Por qué poner barreras? Hay que seguir siempre adelante, alertas, desbrozando el sendero y allanándolo para los que vengan detrás. Ya que siempre quedará camino por recorrer, y habrá mozas y mozos de distintos rincones de Cantabria, del resto de España y de otros países, que vendrán a la Universidad a trazar el suyo con nuevos ímpetus e ilusiones.

El poeta español José Moreno Villa tiene una antología de poemas titulada “La música que llevaba”. Uno de los poemas escritos en América, desde el exilio mexicano, se llama “El pensar”.

El Pensar. Sí el auténtico
movimiento del hombre.

El pensar, ¿cuántos piensan?
¿Y quién piensa cantando?

Date a pensar, verás cómo es un monte.
Un monte por subir y modelar,
El monte más enhiesto de la tierra.

Date a pensar, verás que es una nube;
una nube en que tú pierdes el rumbo;
la nube más difusa de los cielos.

Date a pensar, verás que es un infierno.

Un infierno con llamas y tizones;
con cuevas y más cuevas sin salida.

Pero el pensar también es una gloria.

Y quien modela el monte,
se orienta en la alta nube
y soporta la llama entre sus venas,
sale luego a la luz, grita y se tiende,
besa la orilla amarga de los mares,
se emboba con los árboles y el cielo,
se siente enraizado y desprendido,
piedra solar y rayo volandero.

Este poemario nos recuerda que cada persona tiene una música interior y que es importante que pueda interpretarla y compartirla. Yo agradezco haber podido interpretar la música que yo llevaba, y que espero poder seguir tocando, y ese descubrimiento fue gracias a la Universidad de Cantabria.

Muchas gracias.